

RAFAEL SABATINI Y LA NOBLEZA ENTRE PIRATAS Y CONDOTTIERI

(Algunos apuntes sobre Sabatini y la vis educativa de la buena literatura)¹

Santiago Gelonch Villarino
Universidad Nacional de Cuyo

El presente texto, escrito originalmente para una conferencia, es un ensayo que se inscribe en el marco de las relaciones entre literatura y educación, intentando mostrar la importancia de tal vínculo así como algunas de las condiciones que deben cumplirse, tanto desde la literatura como desde la enseñanza. En concreto, esto se argumenta desde un «caso»: el del novelista Rafael Sabatini y algunas de las tramas y personajes de novelas suyas. Para eso, en primer lugar, y dado que es un autor poco conocido, se presenta su persona y obra. En segundo lugar, se ensaya una reflexión sobre por qué y cómo la literatura puede ser muy educativa para, finalmente, mencionar y analizar brevemente algunos tipos -la nobleza de piratas y *condottieri*- de la obra de Sabatini.

Palabras clave: Lenguaje y educación - Literatura y educación – Rafael Sabatini – P. C. Wren - Novelas y educación.

Introducción

Permítaseme, para comenzar, una aclaración que, aunque de índole personal, creo necesaria para no engañar las expectativas de ustedes acerca de esta exposición, al tiempo que a mí me permite centrar la intervención.

¹ Las líneas que siguen corresponden a la Conferencia Plenaria leída el 26 de junio en el Primer Encuentro Multidisciplinario sobre Autores Ingleses «Valores y Cultura en la Literatura Inglesa», 26 al 28 de junio de 2008 en la Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo, organizada por esa Facultad y los Colegios San Francisco Javier y Los Olivos, Mendoza, Argentina.

Dicen que uno es dueño de sus silencios y esclavo de sus palabras. Y eso, en este caso, es absolutamente verdadero. No soy un experto -ni muchísimo menos- en literatura inglesa. Tampoco soy siquiera filólogo o experto en alguna otra literatura. En cambio, provengo del ámbito de la filosofía, a él pertenezco -si es que esta expresión significa algo- y con el paso de los años me preocupan cada vez más algunas cuestiones relativas a la educación. Y por ello en la medida en que puedo, procuro ocuparme de ellas en algunos de sus aspectos. Así las cosas, esta intervención se explica porque, esclavo de mis palabras -según antes

mentoné- he comentado muchas veces con amigos la enorme desproporción que se advierte en los colegios entre la cantidad de horas que se dedican al inglés y el poco conocimiento -no ya del idioma sino del mundo, la vida y ellos mismos- con que los alumnos salen pertrechados. Lo mismo podría decir de otros idiomas, así como de muchas otras materias. En definitiva y dicho rápidamente, cómo el colegio secundario lejos de completar, plenificar y aun instituir el alma de los adolescentes, con desgraciada frecuencia -e infernal eficacia- consigue asesinar su interioridad y su corazón para dejarlos -depositarlos- inermes y desvalidos en la vida y en la universidad. O a lo sumo, imbuidos de un pragmatismo que pervierte y desvirtúa las ansias de generosidad, nobleza y servicio que, aunque sea solo por la naturaleza de la edad, convierte a cada joven en una esperanza.

No es momento este para hablar de los problemas acerca del sentido de la educación. Simplemente lo traigo a colación porque, en medio de esas conversaciones, he preguntado para qué sirve un idioma si no es para poder comunicarme con los grandes hombres que hablaron y escribieron en esas lenguas. Como dice Fernando Savater, autor que si bien no es santo de mi devoción en esto acierta plenamente, el único motivo válido para aprender inglés es el ser capaz de leer *The Lord of de Rings*. *Mutatis mutandis*, otros autores y otras lenguas.

Y, en fin, esta observación u otras de parecido tenor, explican y dan razón de este trabajo², su tema y su carácter ensayístico. En definitiva, a través de una suerte de «estudio de caso» con Rafael Sabatini, procuraré sugerir algunas ideas en torno a

un aspecto sumamente olvidado en los enfoques científicos de las cuestiones educativas y, sin embargo, clave en la formación de una persona. Intento de esta manera llamar la atención sobre el punto y contribuir a que se pondere más la relación entre educación y literatura o, mejor dicho, se profundice en la importancia de la buena literatura para la formación de la persona.

Aclaré antes que no soy un experto -ni muchísimo menos- en literatura inglesa ni tampoco un filólogo. En todo caso, sólo un simple lector que, eso sí, disfruta mucho de una buena novela. Y, como profesionalmente me dedico a argumentar -las más de las veces sobre cuestiones abstrusas y despojadas de toda belleza-, ya que estoy en este baile, me gustaría entonces hablar un poco de un autor, Rafael Sabatini, que además de muchos méritos propios, tuvo la particularidad de ser un gran amigo de mis días y noches de adolescente. Valga aclarar obviamente que esta peculiar y amistosa relación entre Sabatini y mi persona, no lo cualifica a él sino, en todo caso, me enaltece a mí.

De ahí mi deseo de rendirle este pequeño y desmadejado homenaje.

Además, teniendo en cuenta lo dicho acerca de mi ineptitud para estos menesteres, y la intención de fondo de este Primer Encuentro Multidisciplinario sobre Autores Ingleses³, mi exposición no será propiamente una conferencia, con la

² Agradezco en particular la invitación -e insistencia- del Prof. Néstor Luján, Rector del secundario del mencionado Colegio San Francisco Javier.

³ La razón de ser del Encuentro es encomiable y merece ser explicada. Con el fin de contribuir a la formación de los profesores de inglés, directivos de los colegios mencionados acudieron

estructura y aparato crítico que le debería ser propio. Más bien, pretende ser una charla -esperemos que amable y no demasiado larga- en que les presente, a colegas y alumnos, pero principalmente a potenciales lectores, una serie de inquietudes acerca de la lectura en general y de Rafael Sabatini en particular.

Por lo demás, la condición de novelista que inviste a Sabatini, sin otro valor que su afán de entretener -intención que logró de más no solo conmigo sino con muchos de nuestros abuelos y abuelas-, quizás despiste sobre su valor educativo o su pertinencia curricular en algún plan de estudios. Este hecho justifica una pequeña apología del importante papel que puede cumplir en una pedagogía más preocupada por las personas que por los resultados.

Pues bien, desplegadas las velas y aprestado el navío -es decir, explicado por qué estoy aquí y por qué hablaré de Rafael Sabatini- solo resta iniciar la andadura. Para eso, declararé la ruta anunciando los puertos donde recalaremos.

Mi finalidad aquí es presentar al autor con ánimo de persuadirlos del notable valor educativo que contienen, si no todas, al menos muchas de sus novelas. Para eso, en primer lugar, fondearemos brevemente en su persona y obra, para que lo conozcan. En segundo lugar, haré una concisa reflexión de por qué y cómo la

literatura puede ser muy educativa. Finalmente, procuraré mostrar algunos tipos -la nobleza de piratas y *condottieri*- de la su obra.

Rafael Sabatini, vida y obra

Con nuestro escritor ocurre algo sorprendente y extraño. Por un lado, es un gran desconocido; por otro, muy conocido. Sirva de ejemplo de lo que quiero decir esta pequeña anécdota. Me consta que por estos lares muy poca gente -o nadie- sabe quién es. Sin embargo, la semana pasada, al hojear el suplemento de Tecnología del diario *La Nación*, leo el título de un videojuego que dice «De médico a pirata, en un par de *clicks*»⁴. Lo primero que se me ocurrió fue un «es imposible que se refieran al *Captain Blood* de Sabatini». Y sí. Aludían a esa novela, utilizando al par de *clicks* como metáfora de la violenta y rápida transición del bachiller en medicina Peter Blood a un capitán pirata. Dudo mucho que los programadores del juego, los periodistas evaluadores del mismo y la gran mayoría de los lectores sepan con quién están tratando. Y, sin embargo, ahí está Rafael Sabatini, al alcance de la mano y sirviendo de excusa para un juego.

Otra. Hace unos diez años -creo que en 1998 o '99-, en la Feria del Libro de Buenos Aires, se lanzó por primera vez el sistema de venta de libros raros o agotados a través de la impresión bajo demanda -*print on demand*, dicen- con el siguiente desafío publicitario: tenemos más de 750.000 obras y no recuerdo cuántos miles

a la Universidad y a reconocidos expertos en literatura inglesa para organizar esta actividad. En ella, por un lado, se presentaron, expusieron y dieron a conocer autores, libros, temas y tradiciones que podrían ser utilizados provechosamente en clases de colegios. Además, se impulsó -con éxito- que docentes y alumnos de últimos años realizaran trabajos y los expusieran al resto.

⁴Cfr. diario *La Nación*, Suplemento *Tecnología*, del 16/VI/08, p. 8. También se halla en Internet, http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1021298 consultado el 26/2/10.

de autores en catálogo. Si usted pide un libro y no está en nuestro depósito, se lo conseguimos a través de nuestro intercambio internacional y se lo regalamos. Al enterarme, no dudé en solicitar alguna novela de Sabatini. De más está decir que ni tenían ni -además- pudieron cumplir su promesa.

Y, sin embargo, nada más que en España, en los últimos años se han reeditado 5 o 6 de sus títulos. Así conseguí su *Scaramouche*. El último publicado es *La vergüenza del Bufón*, hace poco más de un año.

Es probable que este extraño fenómeno de ser tan desconocido estando tan cerca se deba, además de a contingencias históricas, a su pertenencia a un género menor y con poca consideración académica: el de las aventuras de capa y espada. Por eso, nadie juzga que valga la pena ser difundido -salvo editores de entretenimiento-, o mucha gente que lo leyó o vio sus películas en su juventud, en la adultez lo olvida y desconoce. Y sin embargo, muchas de sus novelas tienen más rigor histórico -nos introducen mejor en una situación histórica- que ese género postmoderno -cuando no mentiroso y procaz, iconoclasta y escabroso- que hoy nos inunda con el rimbombante nombre de «novelas históricas». Excepto las *Memorias de Adriano* de Margarite Yourcenar y algún título más que estoy olvidando, ni siquiera llegan a ser buenas novelas de ficción.

Supongo -y espero- que será solo cuestión de tiempo para que Rafael Sabatini sea descubierto como un superlativo representante de un género novelístico menor. Y quizás, por eso mismo, acabemos por concluir que el

género de «aventuras» y/o «de capa y espada» podría no ser tan menor. De otro modo, ¿por qué -cuando es bueno- nos gusta tanto y nos hace tanto bien?

Tomemos, por ejemplo, a otro autor, P. C. Wren, y su trilogía *Beau Geste*, *Beau Sabreur* y *Beau Ideal*. La anécdota que origina la primera y más conocida de las tres novelas es pequeña y casera -y, sin embargo, sublime en su resolución-. Es que de nada depende más la grandeza⁵ que del ánimo con que se acomete la tarea. Pues bien, encontramos a unos niños -huérfanos- que viven con una tía: los tres hermanos *Geste* -dos mellizos y uno un año menor, me parece recordar-, una prima suya adoptada y otra niña. Los cinco viven, se educan y juegan, creciendo juntos en aquella mansión. Siendo ya jóvenes, una noche en que están todos juntos, se corta la luz y desaparece el «Agua Azul», un valiosísimo zafiro, joya de familia. Ante el hecho, es evidente que el culpable del robo está entre los reunidos. Sin embargo, todos son inocentes. Y así, luego de la lógica conmoción y mientras llega la policía, los tres hermanos huyen de la casa: primero el mayor de los gemelos que, para que todos sepan que fue él, deja una carta en la que confiesa el crimen. Su hermano mellizo, seguro de que su hermano no es el verdadero ladrón y de que ha escapado para librar a las mujeres de la sospecha, decide irse también; de este modo la policía no podrá saber quién es el culpable de entre dos fugitivos. A su vez, el menor, enterado de estos hechos, tarda solo minutos en tomar la decisión y exiliarse él también, con la seguridad de

⁵ Grandeza tiene aquí un sentido evidentemente moral o ético.

que así nunca podrán saber con certeza cuál de los hermanos es el ladrón. Y previendo los proyectos de los demás, los tres coinciden en el norte de África, en la Legión Extranjera, adonde seguramente la muerte impedirá que alguna vez se sepa la verdad. Y nosotros tenemos servidas las aventuras y desventuras de estos tres caballeros -que no cuento ahora para animar a leerlas.

Mas, ¡qué torneo de generosidad! Lo que menos importa es la historia del zafiro que, luego se esclarecerá, ni siquiera había sido robado. Pero, ¡cómo no emocionarse con la belleza de ese echar la culpa sobre sí sólo para evitar que se piense mal de los seres queridos! ¡Del refrendar esa decisión con la muerte! ¡Realmente bello es el gesto de los hermanos *Geste*! ¡Así tenemos un verdadero *beau geste*! Ahora bien, ¿no es esta emoción -y el descubrimiento de la belleza de la abnegación- el mejor antídoto contra el servil y mezquino pragmatismo imperante? Mucho podemos aprender de las verdaderas novelas de aventuras. Este es su realismo y su grandeza.

Pero no nos adelantemos y regresemos a nuestro autor. Rafael Sabatini nace en un pueblito del noreste de Italia, Jesi, en 1875. Sus padres, italiano él e inglesa ella, son cantantes de ópera de cierto éxito. Por eso, desde niño está acostumbrado a viajes y ciudades diversas. Su infancia transcurre mayormente entre Italia, Liverpool, tierra de su familia materna, y Portugal. Voraz lector desde muy pequeño, cuando sus padres regresan a la patria estableciéndose en Milán, vuelven a enviar a su hijo afuera, en esta ocasión a Suiza en donde pasa parte de su adolescencia entre estudios y lecturas de los *best-sellers* de la época, *Walter Scott*, los *Dumas*, Julio Verne y

Manzoni. También de aquellos años es su gusto por *Shakespeare*. Además, en Suiza aprende francés y alemán. A los 17 años, cuando termina el colegio, regresa a Milán con sus padres «*to begin practical life*» según reza la pintoresca inscripción de su diploma. E inmediatamente sus padres deciden su regreso a Liverpool con la idea de que se convierta en un hombre de negocios, tarea a la que el joven Sabatini se entrega con dedicación, aunque realmente no le guste mucho. En verdad lo atrae la literatura. Ya desde sus épocas escolares en Suiza escribe cada vez que puede.

Durante los trece años que permanece en Liverpool, alterna su trabajo con una dedicación cada vez mayor a la escritura, de modo tal que su prometedor éxito como hombre de negocios no impide que, cuando en 1905 decida dedicarse sólo a escribir, ya tenga publicadas un par de novelas.

Sabatini escribió sus novelas en el idioma materno ya que, según palabras suyas, pronunciadas cuando era muy joven: «todas las mejores historias se escriben siempre en inglés». De todos modos, esto no había sido obstáculo para que, en sus inicios, en el internado en Suiza recurriera a la lengua del cantón de habla francesa.

Recién casado se traslada a las cercanías de Londres, más próximo al mundo editorial y ya no cesará su trabajo como escritor. Aunque publica más o menos una novela por año, incluso algunas de las que luego serán famosas - como *El halcón del mar*, *The Sea Hawk* -, su éxito internacional llegará recién en 1921 con otro gran clásico, ubicado en los prolegómenos de la Revolución francesa:

Scaramouche. A ella le sigue *La odisea del Capitán Blood*, *The Captain Blood and his Odyssey*, en 1923; y tres años después, *Bellarion el Afortunado*, *Bellarion the Fortunate*, novelas de las que hablaré un poco más tarde.

Por lo demás, a partir de ese entonces, su obra comienza a ser familiar a nuestros abuelos.

En efecto, entre los '30 y '40 se traducen y publican varios de sus títulos -que por obra de mi padre y de mi abuela leí cuando adolescente- y algunos más se llevan al cine. Quizás entre los mayores aquí presentes, se encuentre quien haya alcanzado a ver películas como la primera versión del *El halcón del mar* (la segunda y más conocida es una versión demasiado libre) o *El Capitán Blood* con Errol Flynn y Olivia de Havilland o *El cisne negro* con Tyrone Power y Maureen O'Hara o la famosa -todavía se consigue en algún video club- *Scaramouche*, interpretada por Stewart Granger, Eleanor Parker, la finísima Janet Leigh y el gran espadachín Mel Ferrer.

Si tenemos en cuenta alguna *remake*, podemos decir que Sabatini fue llevado al cine, al menos 22 veces, y que 18 libros o cuentos suyos sirvieron de guión literario. En algunas oportunidades él mismo hizo de guionista⁶.

En fin, ya hemos visto cómo, últimamente, una de sus novelas sirve de guión para un juego digital.

Concluyamos, empero, este pequeño recorrido por su biografía. Luego de 25 años de labor literaria, Rafael Sabatini ha recibido un merecido reconocimiento. La

holgura económica consiguiente le permite mudarse a la zona limítrofe entre Inglaterra y el país de Gales, lugar que, aunque en diversas casas, no abandonará hasta su muerte. Esa zona junto a la Suiza juvenil serán sus dos refugios, para el trabajo y el descanso.

Desde allí, en 1927 junto a su mujer e hijo viaja a Escocia, para presenciar una puesta en escena de una obra suya. Al regresar, desde la estación de tren contempla el accidente de auto en que muere su hijo. La pena y la depresión consiguiente le impiden trabajar por un tiempo. No será esta la última tragedia que contemple. Años después, y casado en segundas nupcias, su hijastro Lancelot ingresa como aviador en la *RAF*. Este promete a sus padres sobrevolar la casa en que viven. Y sus padres contemplarán atónitos cómo pierde el dominio de la aeronave y se estrella a pocos metros de la vivienda.

Esas penas más la situación mundial que desemboca en la segunda guerra, sumado a problemas de salud cada vez más graves, van minando las fuerzas de Sabatini; consecuentemente merma, por primera vez, su producción literaria. Sin embargo, en cuanto puede, continúa escribiendo. Su novela *Columbus* de 1941, sobre Cristóbal Colón, será llevada al cine en 1949.

Llega 1950 y, a pesar de todo, marcha a Suiza en su tradicional visita de todos los años. Es invierno y Rafael Sabatini está muy mal, tanto que el 13 de febrero de ese mismo año, muere allí, en Adelboden. Y allí es enterrado.

Christine, su viuda, era escultora. Para su tumba, forjó una obra en la que aparece un hombre yacente en cuya mano hay una

⁶ Cfr. el nombre Rafael Sabatini en la «*Internet Movie Data Base*», www.imdb.com.

pluma. Y en la lápida, y por deseo de Christine, se inscribieron los primeros renglones de la novela que lo llevó a la fama: «*He was born with a gift of laughter and a sense that the world was mad*», «había nacido con el don de la risa y la intuición de que el mundo estaba loco»⁷.

Como está escrito en un texto que encontré y del que desconozco su autor, «no puede haber mejor epitafio para un hombre que dedicó su vida a la literatura y cuya obra, en el género de la novela de aventuras, se encuadra entre las mejores».

En fin, baste esto para presentar a la persona. Queda claro, me parece, su adscripción literaria a las aventuras y estas, mayormente, dentro del estilo «de capa y espada». Así se cumple el primer tramo del viaje del que hablé al inicio. Mas por esto mismo podría quedar el interrogante que conduce a la segunda escala de nuestra travesía. Sabatini, autor de exitosas novelas de aventuras y entretenimiento, ¿puede dejarnos algo más que placenteros momentos y gratos recuerdos? O, en otras palabras, ¿en qué sentido se puede afirmar que esto es educativo?

La educación por la aventura

Como cualquiera de ustedes sabe, no existen libros largos o cortos. Clasificarlos de ese modo es como juzgar entre una Ferrari y un autito económico por sus cualidades para llegar a la luna. Es un factor

tan extrínseco a un libro como las condiciones de planeo a los autos. Quien juzga así sólo manifiesta su nula calidad lectora. Algo parecido a los conocimientos de aviación que demostraba aquella madre que recomendaba a su hijo que volara despacio y bajito.

Los libros son buenos o malos. Y cuanto mejor es un libro más deseamos que sea largo o que no termine. Supongo que es una experiencia común a cualquier lector el que, al adentrarnos y sufrir con las aventuras, amores y trabajos de los protagonistas, queramos adelantar más rápido las páginas para abreviar la tensión. Sin embargo, en las buenas novelas, cuando más cerca está el final, más despacio leemos. No queremos que acabe. A mí me ha pasado a veces que hasta he dejado de leer, en un vano intento de prolongar los dichosos momentos e impedir que se esfume ese mundo maravilloso. Leer, releer, leer desordenadamente, de adelante para atrás y de atrás para adelante, buscar detalles ocultos e inexistentes, son todos intentos de que ese mundo increíble en que estamos no nos abandone. Son la demostración de un amor que no deseamos que concluya.

Si, en cambio, el libro es malo, no vemos la hora en que acabe. E incluso hasta podemos dejarlo abandonado sin terminar. ¿Qué otra cosa manifiesta esto sino la ruptura del contrato de fidelidad amorosa que, en realidad, nunca existió? Nos sentimos engañados, timados por un tahúr que nos vendió gato por liebre. Y es que el buen lector se entrega a la lectura con devoción amorosa. La lectura, la visión de una película, la audición de una sinfonía, el rapto de una pintura, implican

⁷ Para los datos biográficos y bibliográficos, se puede consultar la muy buena página de Internet de la *Rafael Sabatini Society* (RSS), en <http://www.rafaelsabatini.com/index.html> (consultado el 25/6/2008).

En concreto, el artículo de Jesse F. Knight, *The Last of the Great Swashbucklers*, en <http://www.rafaelsabatini.com/rsbio.html>.

siempre y en todos los casos una entrega, una apertura, un acto de confianza, de sumisión o libre obediencia a aquello que se nos entrega. Un acto de arrojo humano hacia aquello que no somos todavía pero que queremos ser.

Por eso es falso creer que el acto de leer sea bueno en sí mismo. Y mentiroso - falso con mala intención- gran parte del reclamo actual hacia la lectura. Leer es bueno si leo un libro bueno. Él, porque es bueno, me hace más hombre. Por lo mismo que la lectura implica esa indefensa entrega, esa inerme disponibilidad, los libros malos hacen un daño incalculable. Son criminales peores que los asesinos, pues su víctima es nuestra misma humanidad. Asesinan nuestro gusto, nuestra inteligencia, nuestra libertad. Decir que es bueno leer por leer es igual a decir que la música, ruido con cierto orden, es buena en sí misma. Y así aparecen fenómenos como el de *Bersuit* en su presentación durante la semana pasada⁸. ¿Acaso esas hembras desnudas frente al público eran humanas, libres y dueñas de su horrenda pasión?

Sin embargo, todo esto no es más que síntoma de lo que estoy diciendo. El arte y sus lenguajes son nuestros dueños. Si son buenos, nos harán libres. Si son malos, nos

esclavizarán. Se puede decir sin error que nuestros sentimientos, nuestra afectividad, son los pórticos, los medios, a través de los que el mundo llega hasta nosotros y nosotros al mundo. Nuestra voluntad actúa con los materiales que la inteligencia le ofrece y nuestra inteligencia entiende desde lo que conoce. Y no conocemos sino lo que, de algún modo, antes hemos sentido. Por eso, podría decirse que seremos -podremos ser- tan humanos cuanto cantidad de humanidad hayamos percibido. Esto conforma -da forma- al joven y le permitirá ser hombre mañana.

En este sentido, la ficción -cuando es buena- es mucho más rica y real que la pobre fotografía de los hechos que nos facilita la información. Esa fotografía refleja lo que es. ¡Qué digo! Ni siquiera eso. Simplemente da la cáscara exterior, sin razones y sin valor, de los hechos. Como, por otro lado, en la misma determinación de los hechos ya hay escondidos juicios metafísicos y de valor, entonces, por definición, nos está «vendiendo un buzón». Nos ofrece una objetividad pobre y manipulada. Por eso, en este sentido, es tan negativa y engañosa la actual moda de decimos, respecto de libros y películas, que están «basados en hechos reales». Por contraste, la ficción es libre; no está atada a los límites del mundo -de este mundo-. Y por eso, cuando es buena, ofrece un marco sano y verdadero, un contexto metafísico que, por su intrínseca virtud, nos descubre el bien y el mal en la infinitud de matices que entraña la naturaleza humana.

Ella -la ficción- es libre de la esclava función de representar la pobreza de nuestros hechos. Ella no representa sino

⁸ *Bersuit Vergarabat* es una banda de música que dio un recital en Mendoza el 21 de junio de 2008. Cfr. Diario *Uno* del 22/VI/08, edición impresa, Suplemento Escenario, pp. 1 y 2. También cfr. Diario *UnoDigital* en http://www.diariouno.com.ar/contenidos/2008/06/22/noticia_0015.html (consultado 28/VI/08) Al final del show, para los *bises*, se puso como condición que subieran al escenario y se desnudaran algunas espectadoras; y así aparecieron algunas con el torso desnudo, contorsionándose al lado del cantante.

que presenta, hace presente. Por eso, nos puede presentar, poner por delante con deslumbrante claridad, la riqueza de todo lo que puede ser la realidad. Algo de esto, en definitiva, quería decirnos el viejo Aristóteles cuando sostenía que la Poesía -Literatura- era superior a la Historia. Pues, mientras que la historia cuenta lo que acaeció, la literatura nos enseña las causas por las que sucedió⁹.

Los libros, el arte, introducen en el mundo. Como Virgilio de la *Divina Comedia*, ellos guían a través de las experiencias ajenas. Por virtud de su mágica belleza, nos atraen y nos identifican con nuestros héroes y villanos; y, así, por una misteriosa connaturalidad, hacemos nuestra, realizando en nosotros mismos, esa experiencia. ¿Recuerdan aquel terrible límite sabiamente expresado por el viejo refrán, según el cual nadie escarmienta en cabeza ajena? Es verdad. Hay realidades que no saboreamos al no tener experiencia de ellas. Pues bien, las letras son también un modo de hacer nuestra propia experiencia. ¿Dónde si no aprendí yo hasta qué punto puede ser destructiva la infidelidad matrimonial sino en esa maravillosa y dinámica disección del alma femenina que es *Ana Karenina*? ¿Dónde entendí que los celos son una forma de soberbia, de preferir la propia destrucción antes que el riesgo de la confianza sino en el *Otelo* de Shakespeare? ¿O es que debía esperar a casarme y ser luego infiel para entonces darme cuenta de que debía terminar debajo de un tren o asesinar a mi esposa?

La lengua y el arte, el arte y sus lenguajes, son el depósito de la experiencia

-buena o mala, útil o inútil- de la humanidad. Allí hay abismos de maldad e ignominia, mas también increíbles tesoros de humanidad. Y en esos tesoros hay más realidad que en todas nuestras realidades juntas. Una realidad que no se conforma con la pobre realidad que somos sino que nos interpela e impulsa a ser más de lo que somos. Nos atrae y motiva. Nos descubre dimensiones insospechadas y los secretos caminos para transitar por ellas. Nos enseña nuestra verdadera realidad, aquella que todavía no somos pero que estamos llamados a ser y que, cuando seamos, nos alegrará ser.

Siguiendo temas caros a la filosofía analítica, podríamos decir que el hombre es su lenguaje. Y si de constatar este hecho hay quienes extraen consecuencias relativistas, esto no se debe a que no sea verdadero sino a que se quedan cortos en su análisis. Porque el lenguaje es nuestra «forma», es que hay buenos y malos lenguajes. El lenguaje entraña una potencia significativa que, según sea mayor o menor, posibilitará un mundo más rico o más pobre. La falta de lectura y el exceso de malas lecturas, así como los animalescos gritos de la televisión, devienen en jóvenes casi sin sentimientos, con temores ante un mundo hostil y sin conciencia de las increíbles posibilidades de la naturaleza humana. Un mundo de pobres esclavos, drogadictos y borrachos, incapaces de sentir la llamada esplendorosa de la vida humana. A lo sumo, si quiero ser bueno, intento refugiarme en la satisfacción de las necesidades más básicas: una familia o compañía sexual y un chato trabajo que me dé de comer. Eso sí, dentro de ese lamentable andarivel, quiero mucho:

⁹ Cfr. Aristóteles, *Poética*, 1451a 39-1451b 10.

mucho dinero, mucho poder, mucho estatus social, mucho deporte, mucha diversión..., en fin, mucho olvido de lo pobre que es mi vida.

El lenguaje -cada lenguaje- es un mundo de propósitos, de realidades, de ideas, de matices, de modos de vivir y de sentir, de alegrías y frustraciones. Por eso, a mayor vocabulario, a mayor riqueza sintáctica, le compete -a la vez que expresa- una mayor riqueza interior, un mayor dominio sobre la realidad. ¿Creen que si un chico conoce -puede vivir y expresar- las riquezas del ser femenino necesita emborracharse o, al menos tomar de más, para darse valor e invitar a una chica? ¿O que una chica, sabedora de que posee la clave de la intimidad del varón, no lo dejará ser? Así se gozará y maravillará en las posibilidades del chico en lugar de hastiarse de sus inseguridades y volcarse a su propia intimidad que, a la postre, la dejará eternamente insatisfecha.

En cada lengua, podría decirse, se halla toda la riqueza vivida de los hombres que la han hablado alguna vez. Por eso es beneficioso aprender otras lenguas. Por eso, y no para comunicarse por motivos de trabajo -aunque eso también sea posible-.

Aquello de que «leemos para saber que no estamos solos», no por ser una perogrullada deja de ser verdadero. Como en la vida cotidiana, en la buena literatura encontramos amigos y palabras que nos comprenden, nos engrandecen y testimonian que nosotros también somos valiosos. Nos quieren y transmiten su experiencia; nos enriquecen y amplían nuestro ser. Nos ofrecen otras vidas para que sean parte de las nuestras. ¿Cabe entonces siquiera dudar del valor educativo de una buena novela?

Pero quisiera todavía acotar algo más. Cada arte posee un lenguaje propio. Cada género artístico tiene una especificidad expresiva peculiar y, por tanto, no todo género es igualmente apto para expresar cualquier tipo de verdad. La imbricación entre sentido y lenguaje es total. Cada realidad, cada pasión, cada virtud, cada sentimiento, cada modo de vida, cada geografía y cada tiempo exige un lenguaje y género literario acorde. Se lo apropia, podríamos decir.

Si, por otro lado, nos damos cuenta de que el niño o el joven está despertando a la vida y que, por eso mismo, no posee mucha experiencia -ni, por tanto, mucha experiencia lingüística-, parecerá evidente que es absurdo pretender que tenga dominio de todos los estilos y géneros. Hay libros que por sus temas -las experiencias allí recogidas- solo pueden gustarse durante la madurez; otros, por la lejanía lingüística y de experiencia histórica, resultan inaccesibles sin entrenamiento. Y no estoy hablando de libros malos sino de algunos muy buenos. Por eso, podría decirse que hay libros y géneros literarios para cada edad y circunstancia.

Las novelas de aventuras, las que hablan de virtudes y de amores, de causas e ideales y que además no exigen un desarrollo del lenguaje demasiado alejado de sus posibilidades, resultan especialmente adecuadas para que el novel lector se identifique con los personajes, viva sus vidas y así adquiera esas virtudes y sentimientos¹⁰. Por esto,

¹⁰ Evidentemente, las virtudes no se adquieren sólo a través de la *mimesis* poética; esa *mimesis* ha de ser activa, práctica en cada persona. Y también es verdad que caben desequilibrios que

aunque sin duda un adulto pueda leer con mucho gusto sus novelas, Rafael Sabatini me parece un autor principalmente recomendable para la pubertad y la adolescencia. Insisto, esta recomendación no implica una restricción sino un declarar a partir de cuándo se puede -y debería- ser leído.

Y con esto, finalmente, llegados a la última etapa de nuestra navegación, fondearemos nuestra nave, ahora sí, entre piratas y *condottieri*.

Entre piratas y condottieri

Para esto quisiera, simplemente, presentar brevemente algunas notas de la novelística de Rafael Sabatini al hilo de dos de sus obras que, por sus características temáticas y de estilo, me parecen especialmente representativas y, por lo mismo, aptas para darlas a conocer. Se trata de *La Odisea del Capitán Blood* - en las ediciones castellanas nunca he visto a *Blood* traducido, entre otras razones, porque no es un sobrenombre, «sangre», sino el apellido del personaje-; y con eso ya se entiende la alusión a los piratas. La segunda novela es *Bellarion el Afortunado* y con él viene aparejado *condottieri*. *Condottiero* significa en italiano ‘conductor’, guía, jefe militar. En efecto, estos *condottieri* eran jefes y dueños de una *condotta*, fuerza militar o pequeño ejército. Estamos en una Italia - península italiana, más bien, ya que no era un país unificado- renacentista, formada

conviertan a la lectura en un escapismo. Empero, todos estos aspectos son ‘posteriores’, consecuentes, a la primera experiencia del todo necesaria de que se habla aquí: la virtud se aprende por imitación de personas virtuosas, reales o ficticias.

por multitud de ciudades, con sus nobles, reyes, duques y príncipes como gobernantes pero también con una burguesía más o menos fuerte. Si la situación política ya era de por sí inestable por la atomización de fuerzas y ambiciones, las antiguas disputas y guerras entre güelfos y gibelinos todavía perduran. Y así, ante la falta de ejércitos regulares -que no se inventaron hasta bien entrada la modernidad-, las ciudades - verdaderas *poleis*- contrataban a un *condottiero* y su mesnada para protegerse de la avidez de sus vecinos o para atacarlos. Mediante un contrato, el *condottiero* recibía una suma y su ejército otra y, en contraprestación, se asumía el compromiso de cumplir determinadas misiones de defensa o ataque durante cierto tiempo. Huelga decir que lealtades y traiciones estaban a la orden del día.

Aclarado el punto, quisiera añadir que Sabatini desarrolla toda su obra en tiempos pasados y en escenarios históricos. Como mencioné antes, el que sean novelas no impide que haya un trasfondo histórico notablemente documentado, lo que además confiere a su producción un tinte eficazmente educativo sin ser jamás aburrido ni inexacto. Hay quienes le reprochan que peca de una debilidad - fácilmente comprensible, por otro lado, pues no en balde eran paisanos-: su ilimitada admiración por César Borgia a quien siempre describe con mucha benevolencia al dar un retrato suyo que lo convierte en espíritu noble y justiciero. Por mi parte, añadiría otra advertencia que en su momento me hizo mi padre: Sabatini es correcto en todos los puntos excepto cuando habla de España y, en menor grado, de la Iglesia. Probablemente por sus

prejuicios ingleses -o por lo que fuera-, nuestro autor es un poco injusto cuando intervienen personajes españoles: los pinta malvados y con frecuencia crueles, incultos y tontos, justos perdedores frente a ingleses, franceses y holandeses en sus correrías contra los piratas. Pareciera que sintiera una animadversión singular frente a todo lo español. Y, con respecto a la Iglesia, si bien nunca he leído nada contra ella misma, a veces se cargan las tintas sobre pecados y miserias de eclesiásticos. Así vista, la Iglesia es solo una institución humana entremezclada con todos los problemas políticos de cada tiempo. Mas, a fuer de ser justos, he de aclarar dos aspectos: la primera, de vez en cuando tiene opiniones positivas sobre instituciones eclesiásticas -por ejemplo, la pintura de los cuidados y la educación que recibió Bellarion en un convento o las añoranzas que él mismo expresa -*pax multa in cella*- respecto de la vida conventual. Y la segunda, al lado de la cantidad de errores, falsas perspectivas cuando no verdaderas mentiras e infamias que hoy son moneda corriente acerca de la Iglesia y de la conquista española, los desvaríos de Sabatini son inocentes deslices que pasarían inadvertidos a una mirada poco crítica. En definitiva, creo que, si bien conviene prevenir a los jóvenes lectores de estas dos cuestiones, de ningún modo constituyen un obstáculo insalvable. Por el contrario, bien manejado, el asunto es una invalorable oportunidad para hacer precisiones históricas. Pero volvamos a *Bellarion el Afortunado*.

Bellarion probablemente es, junto con el *Cyrano de Bergerac* de Rostand, la novela que más veces leí en mi vida, y en un corto lapso. Diez o quince veces, entre

los 12 y 14 años -aclaro que se lee en una tarde-. Bellarion es un joven de 18 años a quien padres desconocidos dejaron en un convento del norte de Italia cuando era un bebé. Lo crían los monjes y allí hace sus primeras letras. Sin inclinación hacia la vida religiosa, el prior juzga que le vendría bien conocer el mundo y, en todo caso, adquirir el griego, idioma que sólo podía aprender en Pavia. Así, con unas monedas en el bolsillo, unos mendrugos de pan y cartas de presentación para los conventos que halle en el camino, emprende Bellarion su andadura por estas tierras. Y de este modo comienza la novela. Sabatini hará que nuestro personaje se encuentre, nada más comenzar la jornada, con un delincuente disfrazado de franciscano. La inocencia de nuestro héroe y la imprudencia del ladrón, harán que pronto Bellarion se encuentre escapando de la justicia como si fuera cómplice de su compañero de viaje. En su fuga, ve una puerta abierta e ingresa en el jardín de un palacio, donde conocerá a la princesa Valeria de Monferrato. Queda, inmediatamente y sin saberlo, impactado por su noble tristeza y prendado de su elegante belleza. Entreviendo que ella también está en dificultades, olvida sus problemas y se pone a su disposición. En servicio de la princesa, entra en contacto con unos conspiradores que quieren derrocar al tirano reinante y colocar al hermano de Valeria, legítimo heredero, en el trono. Sin embargo, viendo más lejos que la princesa, Bellarion entiende que todo está planeado por el mismo tirano quien, de ese modo, está buscando cómo desembarazarse de los dos príncipes. A través de un ingenioso y valiente ardid, Bellarion logra desbaratar la conjuración y de ese modo salvar las vidas de Valeria y

de su hermano. Sin embargo, el costo es grande. A los ojos de su amada, no solo es un ingenioso e inescrupuloso aventurero que busca el provecho propio sino que la ha traicionado luego de engañarla y convertirse en su confidente:

*A sus ojos soy un miserable, un espía y puede que algo peor -decíase Bellarion-, lo que, después de todo, poco importa, porque a sus ojos nunca podría ser cosa buena. Tampoco importa el que llegue a saber cómo murió Spigno... Que piense lo que quiera... Por el presente, ella y su hermano se han salvado... Eso me basta.*¹¹

Salido de Casale, una nueva aventura -mejor sería decir desventura- lo pone en contacto con Facino Cane, famoso *condottiero*, que termina adoptándolo como hijo. Y, merced a su lealtad e ingenio, al cabo de cuatro años Bellarion se ha convertido en, quizás, el más grande *condottiero* del país, aunque siempre al servicio de su padre. En la novela se suceden lides y batallas, intrigas y traiciones, que llevan al lector por campos y ciudades de Italia, por estrategias políticas y fantásticas tácticas de guerra; incluso, por difíciles juegos de amor, de los que Bellarion ha de salir con una rectitud y delicadeza admirables. Según ya corre la voz del pueblo, «nunca hace lo que parece que está haciendo, ni apunta adonde mira»¹². Y, en efecto, entre medio de tantas causas, Bellarion no cesa de intentar cumplir aquel deseo que manifestó

a Valeria la tarde en que la conoció: derrocar al tío usurpador para que el hermano de la princesa pueda acceder al trono. Cuando finalmente, y después de muchas pericias lo logra, ya se imaginarán el resultado. No sigo.

Sin embargo, quiero observar esto: Leyendo *Bellarion*, con Sabatini se realiza a la perfección un principio con demasiada frecuencia olvidado. Las buenas historias tienen un final feliz. ¡Y pensar que hay tontos que, justamente, por eso las desprecian! Les parece que la vida no es así. ¡La vida de ellos, infelices, no será así! Razonando de ese modo, olvidan que lo importante no es saber de antemano que habrá un final feliz. Lo importante es saber cómo se llegará a ese desenlace. Los sufrimientos y trabajos del héroe, fatigas también del lector identificado con él, merecen ese colofón. El final es feliz porque es la corona merecida de una abnegación que, por caso, ni siquiera la buscaba. Bellarion buscaba un propósito: cumplir los deseos de Valeria y reponer al príncipe Gian Giacomo en el trono. Y encontró además el amor de la princesa que él jamás soñó merecer. ¿No es acaso el premio justo por su generosa vida? En la buena novela, el final feliz es proporcional a la lógica de la trama. Y por eso no solo se aprende a ser generoso, a que el verdadero amor ama aunque no tenga correspondencia. Se trata de que la alegría del final no sea más que una consumación, una plenitud ya realmente presente en los trabajos anteriores. Y por eso otra terminación sería injusta. Y esa es una de las mayores lecciones que hemos de aprender.

Repasemos ahora brevemente la *Odisea del capitán Blood*. Peter Blood,

¹¹ Sabatini, R. (1946). *Bellarion el Afortunado*. Barcelona: Difusión, p. 83.

¹² *Ibid.*: 248.

joven médico que acaba de regresar a su pueblo con ánimo de establecerse allí para ejercer su arte, hace lo posible por mantenerse al margen de las peleas en torno a la ilegítima sucesión monárquica de Jaime II. Sin embargo, el hecho de asistir a un moribundo del bando enemigo del rey lo hace caer en desgracia y es vendido como esclavo en las islas Barbados. A pesar de su condición, la fortaleza de su ánimo le hace resistir mil penurias y le permite finalmente escapar. Pero, sin tener a dónde ir dada su condición de prófugo, no le queda más remedio que unir su destino al de los piratas que asuelan los mares de la zona. Entretanto ha conocido una buena causa y se ha enamorado de Arabella, una dama para la que él es sólo un esclavo. Cómo seguir siendo un hombre honorable, servir a su dueña, contribuir al bien de Inglaterra, siendo uno de los más peligrosos piratas, es el desafío que se desarrollará a lo largo de la novela. Sabatini no ahorra los momentos en que su héroe parece superado por las circunstancias. Empero, su ingenio, unido a una voluntad inquebrantablemente buena, acabará triunfando. Las batallas, las tomas de ciudades, los entresijos políticos entre países e internos de la misma Inglaterra, están contados con esmero y detalle. Sobresale nuevamente el paciente y abnegado sufrimiento del capitán frente a los constantes malentendidos que la situación provoca cara a su leal servicio a Arabella.

En fin, podrán leer interesantísimos detalles en la novela. Por mi parte, para ir concluyendo esta ya larga exposición, quisiera retomar la «nobleza» mencionada en el título. Tanto Bellarion quanto Peter Blood son hombres nobles. No tanto por

nacimiento -y esta es una de las constantes de Sabatini- sino principalmente por el heroico esfuerzo con que encaran sus duras circunstancias. A través de sus atractivas figuras y aventuras atrapantes, el lector se verá arrastrado a vivir las más diversas facetas de aquella virtud. La nobleza implicará el no contemporizar con las circunstancias adversas, no excusarse en ellas para actuar indignamente. Implicará siempre el servicio de la causa justa. El pedir perdón y, más aún, el ser piadosos con quien lo pide. El no despreciar nunca al enemigo ni burlarse de él. El ser capaz de permanecer callado ante la acusación injusta si hablar significara algún daño para alguien -que no sean ellos mismos-. El involucrarse en causas perdidas por puro amor a la justicia. El no ceder ante las presiones indignas. Y tantas más. Entre ellas, una de las más bellas es, sin duda, el amar por puro amor, sin esperanza de recibir a cambio nada más que la alegría de la mujer amada.

Todo esto se puede explicar y aprender. No obstante, ¿cómo convencer, al que no lo ha vivido, de que es bello y de que es posible? La gallarda nobleza de los héroes de Sabatini atrae y enamora, sirviéndonos así de guía. Y por eso ciertamente nos enseña que ser noble es posible y que, principalmente, vale la pena.

Todo lo cual me obliga a dar gracias por haberme dado la oportunidad de rendirle este pequeño homenaje.

Abstract

This text, originally written for a conference, is an essay that has as its overall theme the relationship between literature and education, trying to show their importance and some of the

conditions to be met, both from literature and from teaching. In particular, it is argued from a «case»: the novelist Rafael Sabatini and some of the plots and characters of his novels. For that, first, and as Sabatini is a little known author, I will present the person and work. Second, I will assay a reflection on why and how the literature can be educational. Thus, at last, I will introduce and briefly discuss some types of Sabatini's work, the nobility of pirates and *condottieri*.

Key words: Language and Education - Literature and Education - Rafael Sabatini - P. C. Wren - Novels and education.

Datos y dirección del autor

Dr. en Filosofía; docente de grado y de posgrado en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, y en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la educación, Universidad Católica Argentina.

Correo electrónico:

sgelonch@logos.uncu.edu.ar